

## Saldos, lecciones y despojos del 2006

(Primera de dos partes)

Juan Antonio Isla Estrada

- Un año electoral marcado por los enconos.
- Los resultados produjeron más dudas que confianza en las instituciones democráticas.

Durante este año que concluye hemos sido testigos de acontecimientos insólitos en lo que se refiere a la lucha por el poder y más concretamente en la disputa por la Presidencia de la República. Repasarlos no tendría sentido ni como ejercicio de memoria. Para ello podremos consultar las síntesis hemerográficas que por estos días habrán de circular como suplementos de los mejores diarios y revistas. Lo que si es pertinente y necesario es sacar las conclusiones sobre el proceso que marcó la elección presidencial más compleja y controversial de la historia mexicana moderna.

Ni la elección de 1988 (cuando un gran sector de la sociedad tuvo la percepción de que había existido un fraude electoral que impidió ganar al candidato de la izquierda unida en torno a Cuahutémoc Cárdenas) había producido tantos efectos políticos y sociales como la de éste 2006 que pasará a la historia como un referente de numerosas lecciones para el sistema político y para la sociedad en su conjunto.

Un rasgo que podrá distinguir la disputa por la Presidencia es el relativo a las diferencias entre los dos bandos que radicalizaron al extremo sus posiciones. La vieja y encarnizada lucha de conservadores y liberales tuvo ahora una reedición que marcó los polos opuestos entre la izquierda y la derecha, entre sus modos diversos de entender el proyecto de Nación y entre los elementos sociales y económicos que representan dos modelos antagónicos en lo ideológico y en cuanto a los factores reales de poder que los sustentan e impulsan (dígase movimientos sociales urbanos en un caso y los dueños del capital que apostaron todo a preservar sus privilegios, en el otro).

El encono de la guerra verbal y mediática llenó de porquería la capacidad de asimilación de la ciudadanía. Los drenes de la guerra sucia se desbordaron invadiendo a la sociedad con el intercambio de mensajes ofensivos y terroríficos. El blanco perfecto fue el candidato que hicieron parecer semejante a un delirante mandatario sudamericano y las comparaciones con éste saturaron las bandejas del correo electrónico y los promocionales de televisión. La obscena estrategia causó el efecto deseado: redujo y rebasó la ventaja porcentual que llevaba el candidato denostado.

Si bien el impacto como maniobra de mercadotecnia produjo resultados eficientes, el costo social fue muy oneroso: provocó una gran división que llegó al seno de la sociedad y penetró al núcleo de las familias. Entre los aprendizajes de éste proceso electoral la de la guerra 'negra' en la propaganda y la contrapropaganda ha sido una de las peores lecciones para la cultura cívica de los mexicanos: la señal que se envió fue en el sentido de que el vilipendio y la difamación son recursos más eficaces para reducir al adversario que la lucha por las ideas y las propuestas.

Porque no fue una pelea civilizada basada en las diferencias ideológicas, sino una querrela en donde prevaleció la ira, la intolerancia y la ventaja. No fueron sólo las ruidosas recriminaciones entre candidatos sino las indebidas interferencias de grupos de poder y la penosa, antidemocrática y canallesca intervención del presidente. El resultado ha sido una sociedad dividida y un país dividido, en sus clases y en sus regiones, en sus penurias y potenciales económicos, en el mapa mismo de la geografía nacional. La división de nuestro territorio ha sido una de las más patéticas cosechas de éste año electoral.

Más grave que la perversa ingerencia del jefe de Estado que operó a favor del candidato de su partido, ha sido la justificada sospecha de que los mexicanos fuimos víctimas de un fraude electoral en donde hubo toda clase de manipulaciones, en donde participaron los viejos operadores del PRI y en el cual las instituciones electorales y los tribunales especializados actuaron bajo consigna. En esta ocasión el viejo sistema autoritario se había reciclado. Como en aquel 1988, pero al revés. Sus beneficiarios fueron los mismos. Así como ahora el PRI se alió a Calderón, entonces el PAN entró en contubernio con Salinas, que mantuvo por meses y para la historia un aura de ilegitimidad como la que hoy luce el segundo presidente del gobierno del cambio (sic).

Ese quizá sea el más grave saldo de esta experiencia electoral. La peor lección para los mexicanos es la reaparición del síndrome del fraude que parecía haber sido desterrado y en donde creíamos que la certidumbre y la transparencia habían llegado para quedarse en la nueva democracia mexicana. Nada más erróneo. Poco qué objetar acerca de la organización, pero las formas y los métodos utilizados en la jornada comicial y la posterior difusión de los resultados sembraron un mar de dudas. El Instituto Federal Electoral había retrocedido en la confianza que debía proyectar y la convicción ciudadana sobre su imparcialidad se esfumó de manera dramática. En la hora de las decisiones trascendentales el IFE generó más sospechas que confianza. Hizo cosas buenas que parecieron malas, dudó y multiplicó la duda. Sus medias verdades o sus ocultamientos involuntarios sembraron esta elección de perplejidad e insatisfacción.

Y el litigio llegó al Tribunal Federal Electoral cuya actuación terminó confirmando la idea de que la turbiedad se había apoderado de las instituciones democráticas para impedir la llegada al poder de un candidato y favorecer la asunción de otro (menos riesgoso y más confiable en la mirada conservadora de los jueces que representaban en el órgano judicial a la mitad de los mexicanos). Sobre eso y más comentaremos en la segunda parte de éste tema.